

El cargajo despatarrado y torpe, la anguila escumbida,
 el pez espada débil, el tiburón con su aspecto de argenteo
 sereno hecho general de piratas, y todo como se pasa al
 través de los cristales, y como que se abre para el hombre
 el misterio de los mares y completa su señoría del universo.
 Esta iniciación en la vida íntima de los peces me
 agrada infinito, y es uno de los espectáculos que más llamo
 mi atención en San Francisco.

... y en las noches, el distinto color de los faros, al hom-
 bre más torpe del mundo le dan rumbo y le advierten de
 cualquier extravío.

Ya son ideas todo eso, y se han fijado en que un
 día genio habla español ó francés ó italiano, de modo que
 yo estaba en plena aptitud de comprenderlos. Pues bien:
 mi estancia en California me en pariente incógnita, una
 eterna desviación de mi objeto, una extravasación como
 una enigmática, porque no solo confundía las calles sino las
 casas, y no solo las casas sino las personas, distinguiendo á
 unas por dirigirse á casa, como una dispersa perseverancia.

En cuanto á las calles, que me dirigiese al Sur, y de la re-

X
 Divagaciones.—Visitas.—Convites.—Tipos originales.
 Northons.—Casa ambulante.

SAN Francisco es una ciudad que tiene regularidad en
 sus calles, salvo una que otra diagonal no muy católi-
 ca; un solo nombre guía al viajero de uno al otro extremo
 de la población: el reparto de la numeración en pares de un
 lado y nones del otro, no da lugar á dudas; además, de tre-
 cho en trecho, en los faroles se ven escritos los nombres de
 las calles; cocheros, vendedores y transeuntes, son comedi-
 dos al extremo, para señalar el sitio á donde el extranjero
 quiere dirigirse, y por último, los policías tienen deber es-
 tricto de conducir al viajero á su destino, siempre que se le
 requiera.

Los wagones que transitan por todas las calles, tienen los
 nombres á donde se dirigen; además, lo indican con sus pin-

turas, y en las noches, el distinto color de los faroles, al hombre más torpe del mundo le dan rumbo y le advierten de cualquiera extravío.

¿Ya ven vdes. todo eso? ¿Ya se han fijado en que mucha gente habla español ó francés ó italiano, de modo que yo estaba en plena aptitud de comprenderlos? Pues bien; mi estancia en California fué un perderme incesante, una eterna desviacion de mi objeto, una tergiversacion como una enfermedad, porque no solo confundia las calles sino las casas, y no solo las casas sino las personas, dirigiéndome á unas por dirigirme á otras, con una diabólica perseverancia.

En cuanto á las calles, queria dirigirme al Sur, y de fé resultaba muy orondo en el Norte; queria remediar mi error, y resultaba atascado por unos médanos del Poniente. . . . iba al teatro, y héteme de manos á boca á la entrada del cementerio; tomaba entónces un wagon procurando elegir el que creia tener conocido: andaba, andaba, y cuando ménos lo esperaba, habian acabado las calles y me hallaba á una legua de distancia de mi objeto. Al fin, ébrio de ira contra mi propia barbarie, con el sombrero hundido hasta las orejas y cara de simple, sacaba una peseta del bolsillo y al primer muchacho vendedor de papeles que cruzaba le decia:—"Gaiillard Hotel," y me dejaba conducir por él como un ciego, hasta la puerta del hotel, donde producian la hilaridad de mis amigos, haciéndose proverbiales, mis distracciones.

Respecto de las casas, como hay muchas de una uniformidad desesperante, como hechas con molde, las equivocaciones eran más patentes. Tomaba á cada paso una por otra, tocaba la campana, me entraba de rondon, me encontraba caras extrañas, bigotudos con apetencia de descri-

marme, señoras no vestidas para recibir visitas, que me ponian moro.

Y esa imperturbable corbata blanca, y ese eterno vestido negro, y ese desbarajustado *sobretudo* al brazo, me hacian tender la mano al más pintado y dejarlo estupefacto cuando le iba soltando un abrazo de esprimirlo.

Nada digo de los chinos: con esos se confunde todo el mundo; son como los pericos, fotografías los unos de los otros, se tiran ejemplares, se producen bajo el tema de vestidos de municion.

Con la mayor sangre fria del mundo, confiaba mi ropa, para que me la lavase, al primer chino que se me ocurría. El chino, en algunos días, ni su luz. Entónces yo, frenético, salía á la puerta del hotel y arremetia con todos los hijos del celeste imperio, reclamándoles mi ropa. . . . unos ladraban explicaciones que jamás entendí; otros se enojaban; yo poseia la evidencia de que tenia entre mis manos al lavadero. . . . pues, señor, iba yo saliendo con un sacerdote ó con un médico.

Pero á esta enfermedad, porque no puedo darle otro nombre, que me acometió en California, daba realce y la convertia en única y en monumental, mi torpeza infinita para articular el delicioso idioma de Byron.

Habia aprendido unos cuantos nombres: tenia la necesidad de pedir agua, y decia yo, en inglés, sombrero: se reian á mis barbas, yo insistia; el yankee, muy pacífico, quitaba mi sombrero de la percha, y lo colocaba entre los platos; entónces mi furor no tenia límites, ni tenia límites la risa y el buen humor de los que me rodeaban; no habia en semejante extremidad, sino echar las cosas á la broma.

Mi carácter se sublevaba contra tanta contrariedad, y entonces se empeñaba en mí la lucha de dominar aquella situación á fuerza de audacia; pero mi lengua se empeñaba en no ayudarme y las gentes en no entenderme, constituyendo yo solo un espectáculo gráti, una diversion ambulante.

En un dia en que me era preciso decir unas cuantas palabras á una persona que salia para México, me informé bien del nombre del muelle que yo creí saber, me lo escribieron en mi cartera y me pusieron en la calle por donde debia pasar el wagon para conducirme.

Pero es de saber que en California hay cientos de muelles y wagones por docenas, que parecen brotar de las piedras.

La hora de la salida de los vapores tiene una diabólica exactitud.

Tomé un wagon y me llevó derecho á la puerta de una iglesia en que habia millares de almas justas encomendándose á Dios. Hecho un demonio me aparté de aquel lugar; atravesaba un *cupé*, paré al auriga, le enseñé la cartera; el tiempo avanzaba, faltaba media hora para el plazo fatal; el coche corrió como seis cuadras, me paró en un muelle, habia gran movimiento, el cochero me pidió dos pesos y medio por haber andado diez minutos; resistí, porfié, clamé al cielo. . . . dí los veinte reales, me fuí al costado del buque. . . . *ladies* encantadoras, chicos riendo, canastos de almuerzo, música, aquello era un paseo en el mar. . . . Un chiquitin caravanista y risueño, francés por más señas, celebró mi llegada, aprestó su botella de coñac, que llevaba con un cordon atravesado á un costado,—es vd. de los

nuestros ¡que viva!—me queria presentar á todo el mundo. Yo le hice presente mi afliccion, le mostré mi reloj; por fin, lo tomó á lo serio y me endilgó con uno de los coches de retorno: yo no sé lo que le dijo al conductor, en el desastrado inglés de su uso particular; yo habia tomado las señas del muelle; ví que el cochero me extraviaba entre el tumulto de la carga y descarga de los muchos muelles; iba volando, pero me extraviaba: tiré del cordon; ni por esas; toqué, patée, saqué medio cuerpo, y nada; el tragin lo detuvo un instante: yo lo aproveché para saltar del coche y echar á correr: el cochero dejó el coche, y culebreando por entre los carros, corria tras de mí; forcejeo. . . . me toma del brazo, resisto: al fin, me arranco de sus garras. La hora iba á sonar. . . . Atravesaba un italiano vendedor de verdura en su carrillo, en la direccion del muelle. . . . faltaban tres minutos. . . . detuve el carro, hablé al vendedor para que me llevase corriendo en su vehículo. Ir botado entre nabos y lechugas, se me resistia, entre otras cosas, porque me habria empapado. Le pedí ir en el pescante; pero el pescante era una reata atravesada de uno al otro lado del carreton: allí me senté en peligro de muerte; el carro corria dando tumbos y al desbaratarse: yo me caía; me monté á caballo en el lazo. . . . el italiano azotaba el caballo con fuerza. . . . yo abracé al auriga con un entusiasmo desconocido para las Julietas y Romeos. . . . coles, nabos, rábanos y lechugas se estrellaban contra mí: así entramos triunfales al suspirado muelle: banqueros y gente de buen tono que presenciaron aquel arrebato, alzaron mi nombre al cielo; y aquella atrocidad ¡quién lo creyera! fué motivo de buenas y cordiales relaciones con gente de verdadera importancia.

El círculo de nuestras amistades se extendía, y se hizo general la opinión de finura y respetabilidad de los mexicanos, entre la gente de buena sociedad. Por supuesto independientemente de mí y de la aventura de las lechugas.

En las casas del Sr. D. Guillermo Andrade, mexicano; en la de las Sritas. Rotausis, encantadoras italianas; en los salones de las señoritas francesas y judías, había animadas tertulias, en que se tocaba, se bailaba y se tenían los goces todos de reuniones de personas distinguidas.

La frecuencia del trato con extranjeros; la convicción íntima y universal de que la amabilidad es la primera de las cualidades de todo hombre ó señora que están en sociedad; la vulgarización de la riqueza; la filosofía que engendra el espectáculo de fortunas que se improvisan y fortunas que desaparecen, comunican cierta bondad á las reuniones de que no tenemos idea.

Por otra parte, la abundancia increíble de mujeres hermosas, llenas de gracias y dinero, la generalidad en el bien vestir, y más que nada, la convicción íntima de que una mujer gana mucho y adquiere una posición social casándose, hacen que no exista esa gente uraña y montaraz que vemos por otras partes; esta muchacha aferrada á su título de rica y encastillada en su tren y en sus talegos, no se conoce, mejor dicho, sería el borron y la sombra de una buena sociedad.

Entre esas casas en que tan especialmente fuimos favorecidos, se distinguió la de la Sra. Doña Concepcion Ramirez.

Es la Sra. Ramirez, de treinta años, morena, gentil y de una grandeza de alma y una inteligencia que como que ilu-

minan su fisonomía, como el sol cuando deja caer sus rayos sobre la nube que lo medio oculta en Occidente.

Habla el inglés con rara perfección, y lo que la hacía y la hace estimable á todos los mexicanos, es la exaltación por México, que la vió nacer.

No hay mexicano desvalido que no tenga acogida en su casa; no hay enfermo infeliz que no la vea prodigándole consuelos á la cabecera de su cama; no conoce dolor del que no solicite el alivio; no ve lágrimas que no procure enjugar.

Para Conchita, la llegada de los mexicanos fué un acontecimiento y una ocupación preferente; á todos les dispensó servicios, quería que todos disfrutásemos comodidades, que nuestras habitaciones fuesen las más sanas, nuestros sirvientes los mejores.

En su casa se nos dió la bienvenida con una tertulia espléndida.

El elegante salón en que recibe se iluminó á *giorno*, las jóvenes más lindas de California le daban vida, las flores más exquisitas la adornaban.

En el *bassements* ó piso subterráneo se sirvió el banquete.

Manjares que habrían honrado una mesa dispuesta por Brillat de Savary, vinos deliciosos, mujeres divinas, música, flores, luz: ni en la gloria.

Alternaban las marchas nacionales. La inglesa, casi religiosa; la Marsellesa, pasión y entusiasmo; la italiana, clamores y lágrimas; México, al fin, heroísmo y gloria: las señoras se pusieron en pié, los caballeros tenían en alto sus brazos con sus cálices de Champaña. Conchita descubrió un objeto que estaba en el centro de la mesa, envuelto en

un espeso velo, en un momento dado y apareció como un sol la estatua de Juarez, con la bandera nacional en la mano México ¡hurra México! repetían alemanes, franceses, españoles, judías: era como el Tedeum triunfal cantado á nuestra patria por todos los acentos del mundo.

Cuando ménos lo esperábamos, Joaquin Alcalde, encaramado en una silla, formulaba en un brindis los sentimientos de la patria que se estaban desbordando de todos los corazones.

Las lágrimas, las risas, el repicar de las copas, el frenesí, cubrieron las últimas palabras de Alcalde, que con la instrumentacion metálica de su voz y con su accion, tan elocuente como su palabra, supo ponerse á la altura de la situacion.

Despues de Alcalde, brindamos otros muchos, en todos los idiomas, y cada brándis era como la refaccion riquísima del placer.

—Estos mexicanos son como algunos muchachos traviesos; en la casa ajena son deliciosos.

Yo me ponía como un pavo, como tia vieja que tiene sobrinas hermosas.

Quién me elogiaba la modestia y sabiduría de Iglesias; quién la apostura y modales aristocráticos de Lancaster; quién la caballerosidad de Gomez del Palacio; quién la viveza y las simpatías que sabe granjearse Alcalde; quiénes la elegancia y la urbanidad de Alatorre y de Ibarra, y todos, el comedimiento y el buen trato de todos los otros muchachos, que, la verdad de Dios, á mí mismo me cautivaban.

Conchita cooperó muy eficazmente á abrirnos las puertas de la más culta sociedad de California.

No hay ni para qué decir que yo tuve que cargar mi cruz.

Al dia siguiente de la fiesta, más de treinta *albums* estaban esperando sobre mi mesa las caricias de mi pluma.

Y ya que estamos en familia, como por vía de sobremesa y entre sorbo y sorbo de café, para no dormirnos, platiquemos algo de esta preciosa mitad del género humano, que á pesar de mis años, como dice la zarzuela de la Gallina Ciega, repertorio el más rico de mi erudicion, me hace tilin, tilin

Advierto que son mis primeras impresiones, es decir, parciales, insustanciales, compuestas de las observaciones de amigos aguerridos en eso de dimes y diretes con las bellas.

—Hombre, ni te metas en esos apuntitos de pipiripau, me decia Carrascosa; si aquí, como en toda tierra en que se anda en dos piés, la mujer es el freno del gato; quitate de tapujos y de circunloquios; si son malditas, ó si no, pon:

Artículo primero: en esta tierra, mujeres y hombres, blancos y negros, muchachos y viejos, hacen cuanto se les antoja, es decir, hacen de sus cuerpos y de sus almas cera y pábilo, con tal que no estorben el paso á nadie.

Un sonoreense sesudo que escuchaba atento, añadía:

—Eso que parece mentira, es la pura verdad.

—Para mi la dificultad consiste, replicaba un tocayo á quien mucho quiero, y que sin preciarse de ello, es muy entendido, en que cada grupo conserva su nacionalidad, sin dejar de participar de las que ya son manías de la tierra: va vd. al barrio francés, y está en Francia; toma su *trompinell* y canta su *M. de Framboisy*, toma tabaco el señor, y un jesuita mete la cola en la familia; pero la niña va á la *matiné* y deja el idioma de Racine por contestar á un *my dear* (mi querida), con toda su sal y pimienta.